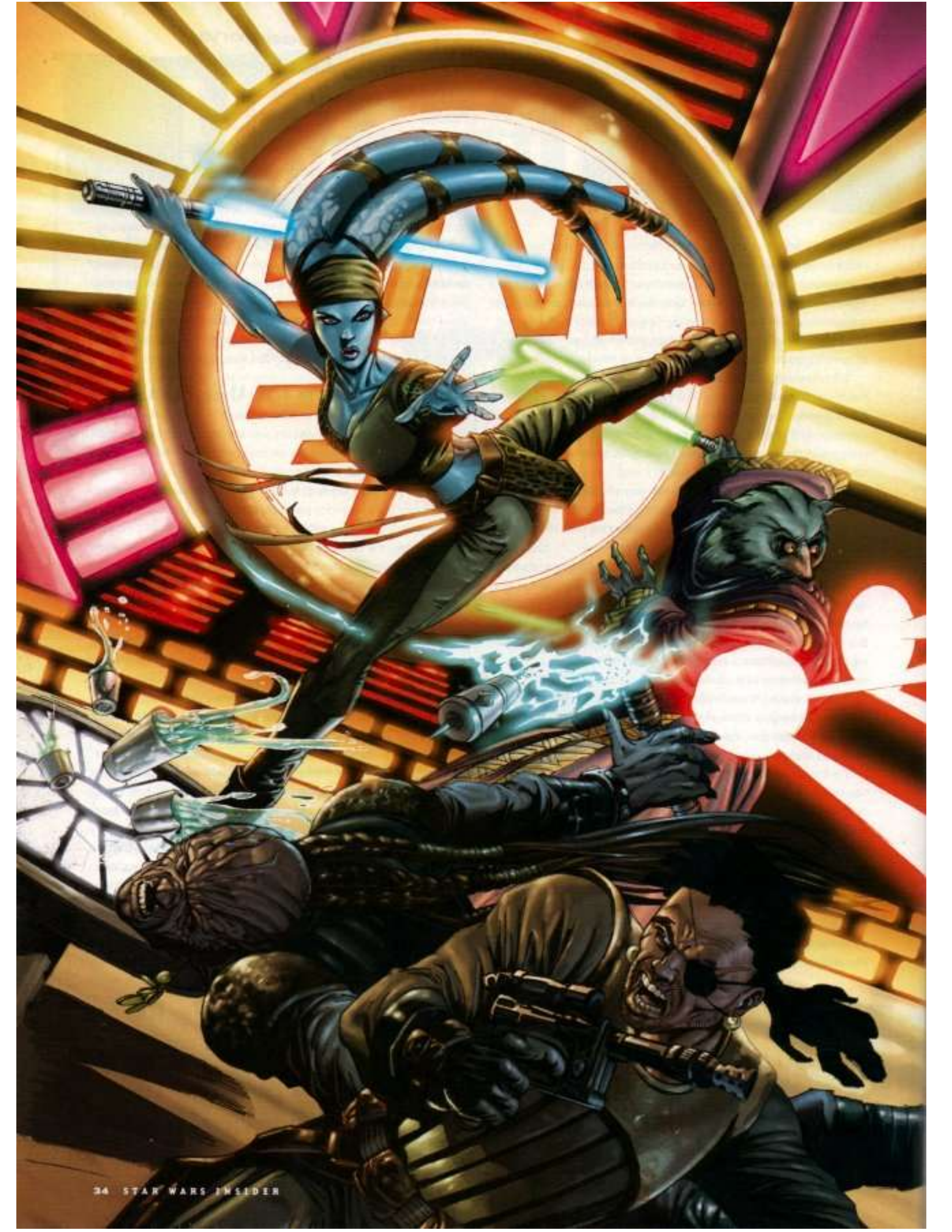


La Caballero Jedi Aayla Secura se pregunta por qué el maestro Mace Windu la eligió para una misión tan crucial, pero pronto averigua que ella puede ser todo lo que se interpone entre Corellia y los separatistas.



Misión Corellia

Un relato de las Guerras Clon

Michael A. Stackpole



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Elusion Illusion*

Autor: Michael A. Stackpole

Ilustraciones: Jan Duursema y Joe Wayne

Traducción: *Star Wars Magazine*

Publicado originalmente en *Star Wars Insider 66*. Republicado en *Star Wars: The Official Magazine 54* y en *Hyperspace*

Publicación del original: 2003

7 días después de la batalla de Geonosis. 22 años antes de la batalla de Yavin

Revisión: Bodo-Baas

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

25.06.20

Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de traducción, digitalización, revisión y maquetación de este relato ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Ayla Secura contuvo un creciente sentimiento de ansiedad cuando entraba en la Cámara Alta del consejo en el Templo Jedi. El Maestro Jedi Mace Windu aguardaba apoyado en una de las abovedadas ventanas que mostraban una extensión de la vista de la ciudad de Coruscant. A la derecha, en la entrada, se encontraba otro Jedi que olía los pétalos de una flor situada en un hueco de la pared. Era un caamasi con largos y flexibles miembros. Vello dorado cubría su cuerpo, con la piel púrpura enmascarando sus ojos y extendiéndose a modo de franjas hasta la coronilla.

Aayla hizo una reverencia hacia el Maestro Windu.

—Perdone mi tardanza, Maestro.

Al principio, Mace asintió con lentitud, como escuchándola con frialdad. Después alzó la vista hacia la twi’lek e inclinó la cabeza más convincentemente, juntando sus manos a la espalda. Aayla sintió una ola de serenidad fluyendo a través de la Fuerza, que procedía del Maestro Jedi hacia ella.

—Aunque la guerra nos hace pensar que no hay un minuto que perder —dijo él—, no llegas tarde. En estos momentos, la puerta de la oportunidad que se nos ha proporcionado aún no está cerrada. —Hizo un gesto al otro Jedi—. Este es Ylenic It’kla, un Caballero Jedi de Caamas. Trabajará contigo en esta misión.

El caamasi le ofreció su mano, delgada, y ella la estrechó. Ylenic apretó firmemente su mano, pero ella sabía que el sólo estaba empleando una fracción de su fuerza. El ágil movimiento con el que se había girado para saludarla, le sugirió velocidad y poder que le haría ser un formidable guerrero. Con su amplia envergadura, Ylenic podría ser un mortífero contrincante de haberse entrenado con un sable láser.

Aayla sonrió al caamasi y volvió su mirada a Mace.

—¿Cómo puedo servirle, Maestro Windu?

—Esta es una misión delicada, Aayla, algo que requiere astucia e inteligencia, no sólo habilidades marciales. Te has probado a ti misma durante la última en Geonosis.

—¿Pero antes, Maestro?

—He meditado sobre este asunto, y la elección acertada eres tú.

—Sí, Maestro —dijo Aayla. Se preguntaba qué era lo que Windu se reservaba a decir, pero liberó su mente de preguntas.

Mace asintió en reconocimiento a su disciplina.

—Corellia, debido a la influencia de Garm Bel Iblis, se ha declarado neutral en el actual conflicto. A pesar de esta postura, tanto la República como la Confederación de Sistemas Independientes ejercen alguna influencia en el planeta. Junto con otros pocos planetas neutrales, Corellia se ha convertido en un refugio para los huidos de ambos bandos.

Aayla levantó una ceja cuando comprendió la consecuencia de la situación.

—¿Y refugios para aquellos que obtendrían beneficios del comercio con las dos partes?

—Tu conocimiento acerca de las costumbres de comercio en Ryloth te sirven bien, Aayla.

Mace sonrió brevemente antes de reflejar un rictus más serio en su rostro.

—Mientras se preparaba para la guerra, la Techno Unión inició numerosos proyectos de desarrollo. Gran parte de los investigadores conocían muy poco sobre la finalidad de su trabajo, pero uno de ellos lo descubrió. Su nombre es Ratri Tane. Robó los archivos principales de su proyecto y el único prototipo operativo de algún circuito muy valioso. Ha escondido a su mujer e hijo y se ha dirigido a Corellia. Desde allí pretende alquilar un transporte para algún lugar donde él y su familia puedan vivir en paz.

—¿Tane es de Corellia? —preguntó Aayla.

—No, de Coruscant, aunque su mujer sí es corelliana, de la ciudad de Corona.

Mace acarició su barbilla.

—Creemos que Tane robó el prototipo y los archivos como moneda de cambio en caso de que la Techno Unión encontrara a su familia antes de su vuelta.

Aayla asintió.

—¿Y usted quiere que le encontremos y recobremos los archivos?

—Sí —contestó—. Pero debe hacerse de una forma discreta.

—¿Dispondremos de alguna ayuda de los Jedi en Corellia?

Mace negó con su cabeza.

—No, y por ese motivo debéis ser cautelosos. Se han vuelto un tanto… territoriales, y siendo los políticos tan complejos como son, esto es incomprensible. Cuando Corellia se declaró neutral en este conflicto, las alianzas con los Jedi se rompieron. Poniéndose del lado de la República pueden atraer la guerra al sistema corelliano, el sistema que han jurado proteger.

Aayla frunció el ceño.

—Pero ellos son Jedi.

Ylenic abrió una mano.

—Son Jedi, y defenderán la paz en su sistema.

—¿Y si les necesitamos para defender la paz en la galaxia? —dijo Aayla.

Mace sacudió la cabeza.

—Eso es un problema secundario, Aayla. Tu misión es encontrar a Tane y sacarlo de allí. Ylenic ha estado antes en Corellia. Los dos viajaréis en una nave de contrabando y estaréis al mando. Buscaréis transportar algún cargamento, pero preferiréis pasajeros. Para Tane, os revelaréis como la huida perfecta de Corellia. Los datos precisos ya han sido cargados en la computadora de vuelo de vuestra nave.

Aayla sonrió, prefiriendo el papel clandestino de un contrabandista a ser una esclava con muy poca ropa como para disimular un comunicador, mucho menos un sable láser.

—He observado a muchos contrabandistas y siniestros pilotos. Puedo hacerlo.

Mace asintió y le cogió una mano.

—Puedes esperar encontrarte con una gran variedad de sicarios que la Techno Unión haya contratado para encontrar a Tane. Debes desconfiar especial mente de los gotals. Sus cuernos les hacen sensibles a las emociones y posiblemente incluso a la Fuerza. Son comunes entre los criminales de Corona, por tanto guárdate de ellos.

—Entiendo —dijo ella, aumentando su excitación ante la inminencia de esta misión. A través de la Fuerza, percibió como Mace e Ylenic reaccionaban a su desenfrenado regocijo. Refrenó esa emoción y bajó la mirada—. Deberé ser muy cautelosa, Maestro.

Mace asintió solemnemente.

—Sé que hemos hecho la elección correcta.



Aayla se sentó en el asiento del copiloto en la cabina de un yate cohete Kuat 121-B de uso civil modificado.

—Todo el equipo está cargado. ¿Qué es lo que llevamos de cargamento?

Ylenic apretó un botón de la consola central.

—Comestibles, en su mayoría. Exquisiteces sin las cuales los expatriotas no pueden vivir. Obtendremos un buen precio por ellos.

La Jedi sonrió.

—¿Crees que el Consejo está muy preocupado por eso? —El caamasi sacudió la cabeza y activó el control de la secuencia de ignición en la computadora de la nave. Las turbinas gemelas de la nave se encendieron produciendo un agudo zumbido. Ylenic desvió potencia a las bobinas repulsoras, y la nave flotó suavemente antes de elevarse en el espacio aéreo de Coruscant.

Estaban partiendo de un puerto comercial, así no llamarían, o muy poco, la atención. Aunque a Aayla no le gustaba insistir en el futuro, estaba segura de la existencia de espías, formas de vida tanto orgánicas como mecánicas, acechando el Templo Jedi y todas los demás centros neurálgicos de Coruscant con el fin de transmitir cualquier novedad sobre la evolución del conflicto creado en el seno de la República al líder de los separatistas, el Conde Dooku, donde quiera que estuviese.

Ylenic recibió el permiso para abandonar la atmósfera, fijó el vector de coordenadas de vuelo programado en la computadora de navegación, y activó el piloto automático. La nave dejó atrás las pistas aéreas angulares del tráfico diario y se elevó superando las torres más altas para unirse a una estrecha fila de naves que partían de la capital de la República. Aayla observó las otras naves, pequeñas y grandes, privadas y comerciales, e incluso unos pocos vehículos mostrando los distintivos de color rojo en su casco que indicaban su pertenencia al servicio oficial de la República.

—¿Cuántas de esas naves crees que parten en misiones secretas? —preguntó.

El caamasi sonrió.

—Yo pensaría, Aayla, que todas ellas llevan consigo secretos de un tipo o de otro. Operaciones ilícitas, supongo que para la mayoría. ¿Una misión como la nuestra? Una o quizás dos.

—Probablemente, estés en lo cierto.

—¿Lo estoy? —Los ojos ámbar del caamasi se suavizaron ligeramente.

—¿Cómo llegas a esa conclusión? Estoy haciendo una suposición sin una pizca de evidencia, ni ninguna sensación en la Fuerza, sólo se trata de una especulación infundada.

—A mí me parecía correcto. —Aayla sintió como se ruborizaban sus mejillas y rayaba su lekku (las cabezas-colas, muy sensibles de los twi'leks, les sirven para transmitirse mensajes, además de realizar otras funciones. Se llaman también tchuntchin (tchun se refiere a la cola izquierda y tchin a la derecha).

—Esta cuestión no debería ser causa de vergüenza, Aayla. Quizá la Fuerza te hable de formas en las que no lo hace conmigo.

Ella meditó sobre esa posibilidad mientras la nave salía de la atmósfera para adentrarse en la fría oscuridad del espacio.

La nave se colocó en posición invertida, ofreciéndole una vista de la superficie de Coruscant, se podían percibir las líneas brillantes y luces parpadeantes de la cara nocturna. Las vías aéreas surgían de la nada como circuitos gigantes con multitud de electrones luminiscentes moviéndose a lo largo de ellos. Se fijó en uno y concentró la Fuerza en él, intentando recibir alguna sensación de su objetivo. No sintió nada, incluso no pudo siquiera considerar una sola impresión.

—Probablemente no la Fuerza —admitió—, sólo una suposición por mi parte.

Ylenic sonrió y visualizó la lectura de la computadora.

—Finalmente parece que nos movemos. Esto es positivo para nuestro objetivo. Estamos listos para el salto al hiperespacio.

Aayla asintió y dio la orden.

—Adelante.

El caamasi empujó dos palancas engranando la hipervelocidad. La nave entonces, dio una sacudida lanzándose hacia delante y fue en ese momento cuando las estrellas pasaron de ser puntos brillantes a barras luminosas apuntando al infinito, dibujando una esfera que estalló delante de ellos y anegando toda su visión con una brillante luz.

Aayla alzó su mano para protegerse los ojos antes de que los amortiguadores lumínicos de la pantalla lo hicieran.

Ylenic meneó la cabeza.

—Haremos el viaje en cuatro saltos. Este itinerario añadirá algunas horas más sobre un viaje directo, pero servirá para enmascarar nuestro punto de origen. También nos llevará al sistema corelliano por un vector que no está muy vigilado por piratas.

—Bien pensado —dijo secamente—. Yo habría sugerido o aprobado ese plan.

Ylenic alargó su mano derecha dándole unos golpecitos en su hombro izquierdo.

—Sí, Aayla, estás al mando de esta operación, pero como tu piloto procuro no molestarte con este tipo de tediosos detalles.

Ylenic le regaló una risa rápida y gesticuló.

—Me pregunto por qué el Maestro Windu me puso al mando.

—¿Te lo preguntas? —El caamasi volvió su mirada al frente—. Eso significa que dudas de la sabiduría de tu Maestro, o también que dudas de ti misma.

—De nuestro Maestro no... Pero de mí, sí, un poco. No soy la Jedi más experimentada de la galaxia, ni siquiera en esta nave. Tú has sido Caballero durante más tiempo que yo, por lo que me pregunto ¿por qué no soy yo tu subordinada?

—Es sencillo: anteriormente cuando he estado en Corellia, he cumplido un papel más tradicional. A menudo, los caamasi asesoran y median, y esto es lo que hago la mayor parte del tiempo. Mis habilidades como piloto son, igualmente valiosas, pero rara vez he estado con la gente que conoceremos mientras buscamos a Tane.

La voz de Ylenic tenía fuerza, pero irradiaba tranquilidad y calidez.



Le gustaba escucharle, observar su mano derecha agitándose por el aire mientras hablaba con sus comentarios casi hipnotizantes. Lo que había contado de los caamasi era verdad, y eran muy valorados por sus habilidades. También eran conocidos como pacificadores y, por mucho que lo intentó, no podía recordar haber visto u oído de otro Jedi caamasi.

Aayla hizo un comentario al respecto, e Ylenic gesticuló como esperando el apunte.

—Es cierto, nosotros los caamasi no producimos muchos Jedi. También es cierto que soy pacifista. Pero aquí me tienes, dispuesto a tomar parte de una guerra.

Aayla frunció el ceño.

—¿Eso no viola tu filosofía?

—Existe un punto en el que el pacifismo, simulando ser bueno, puede servir al lado oscuro.

—¿Cómo puede ser eso?

Sus dedos se extendieron, los dobló y plegándolos sobre sí mismos respondió.

—Los hay de esos, especialmente los de la confederación, que podrían caracterizar a los Jedi como guerreros agresivos y con las manos ensangrentadas. ¿Es eso exacto?

—No, los Jedi son defensores de la paz, conciliadores. Utilizamos nuestras habilidades de combate solamente como última opción, únicamente cuando nos vemos obligados a ello.

—Exacto. Por tanto, mientras nosotros valoramos la paz y aborrecemos la violencia, sabemos que existe un punto en el que quizá debemos interponer nuestras vidas entre aquellos que son inocentes y los que podrían hacerles daño.

—Claro.

—Está tan claro, Aayla, como cuando el pacifismo se convierte en maldad. Si los seres son capaces de proteger a otros pero se niegan a entrar en acción por preservar su propio sentido de paz; son seres egoístas. Anteponen su sentido de la paz y a sí mismos sobre la paz de otros, y por tanto defienden una filosofía en lugar de vidas. Por este motivo, todos fallan. Aquí es donde eligen servir al mal.

Ella asintió lentamente. No hacer nada al verse confrontado al mal era consentirlo y permitir que prosperara.

—¿Es entonces, ese Tane, un ser malvado?

El rostro de Ylenic se arrugó durante la concentración… En ese momento Aayla captó un sentimiento fugaz de una emoción que no podía identificar.

—Él está actuando para salvar su familia —dijo el caamasi—, por eso yo pensaría que no.

Ella asintió.

—Hablas con sabiduría Ylenic.

El caamasi inclinó levemente su cabeza en señal de agradecimiento.

—Tengo una pregunta, si no te importa. ¿Por qué dudas de ti misma?

—Soy joven. Inexperta. —Ella examinó su rostro, buscando alguna señal en sus ojos ámbar que le reflejara que sus razones le resultaban verdaderas. Captó destellos a través de la Fuerza, pero nada más—. Esta es una misión delicada. Si sale mal, puede crear malestar en el gobierno corelliano. Nuestra tentativa puede verse como una interferencia en sus competencias, y esto podría ayudar a que se aliaran con los separatistas. Es bastante la responsabilidad que tenemos entre manos.

—Buenas observaciones, todas ellas. —Los ojos del caamasi se entrecerraron ligeramente—. ¿Ese es el motivo por el que tiene dudas?

Aayla meditó durante un momento, después un rato más.

—No, creo que está bien. Confío en mis habilidades y entrenamiento, pero sin dudas, sin darme cuenta que las cosas podrían girar sin control, me convertiría en alguien arrogante, una caída que me llevaría al lado oscuro.

—Muy bien, Aayla Secura. —Ylenic sonrió abiertamente—. Ahora ya sabes por qué eres merecedora de haberte confiado una misión de tanta importancia.



Aayla e Ylenic pudieron dormir y meditar en el viaje, de esta forma llegaron al sistema corelliano frescos y listos para actuar. Un par de cazas de seguridad les detectaron cuando se adentraban en el sistema pasando Selonia, pero el control de vuelo los esquivó tomando uno de los vectores de aproximación a Corellia. La ciudad de Corona estaba sumida en el crepúsculo cuando aterrizaron en uno de los miles de puertos espaciales que había en la ciudad de la costa. La iluminación había empezado a activarse en la zona de la ciudad que era conocida como la calle de la Nave del Tesoro. A Aayla le pareció que el lugar era tenue o más pálido en comparación con Coruscant, aunque esto podía decirse de cualquier otra ciudad en la República. Aunque se habían apreciado pocas nubes en la zona cercana a la plataforma de aterrizaje, una vez que Ylenic posó la nave y abrió la escotilla, la humedad de la ciudad la empapó.

Aayla tiritó.

—Este aire me hace sentir mal.

Ylenic olisqueó y se rascó la nariz.

—Hay zonas en que huele peor.

Habían escogido ropas adecuadas a su talla y que asumían los roles escogidos y sus preferencias personales. Para Ylenic se trataba de una falda roja que le llegaba a las rodillas, con pequeñas botas y una chaqueta azul sin mangas abotonada hasta la garganta y que tenía largos faldones por detrás.

Por encima de eso llevaba echada una capa negra que envolvía su silueta y le permitía ocultar fácilmente su sable láser.

Aayla sujetó su lekku en una trenza de tiras ocres y negras de cuero que sujetaban su tradicional tocado twi'lek. Botas negras hasta las rodillas, y unas polainas a rayas rojas y negras hasta su cintura. Una túnica roja y negra a juego con las polainas, escotada y acortada que dejaba al descubierto su abdomen. Aunque las vestimentas reveladoras no eran algo que la hiciera feliz, sabía que ese atuendo era muy apto para el combate y una distracción que ayudaba en las negociaciones de comercio. Una chaqueta de cuero de nerf, lo suficientemente escueta para dejar ver parte de la piel azul de su torso, complementaba su indumentaria y, a pesar del limitado atuendo, le permitía ocultar su sable láser, perfectamente escondido.

Un grupo de «negociantes commoditas» se acercaron a la nave e inmediatamente comenzaron a regatear por el cargamento. Aayla regateó embargándole, de pronto, una gran sensación de placer que la sorprendió.

Mentalmente dividió el lote y liquidó cada pieza, tratando de negociante a negociante.

Se abstuvo de usar la Fuerza para influir en ellos, pero pudo sentir cómo crecía la avaricia a medida que las pujas aumentaban furiosas, y cómo se reflejaba el pánico en sus caras tan pronto como los precios se elevaban demasiado para sus economías. En media hora, había liquidado todo el cargamento con un justo beneficio.

Al tiempo que había terminado, Aayla se percató de que Ylenic se encontraba hablando con dos de los negociantes, los cuales se habían retirado de la puja cuando vieron que la nave en la que viajaban los Jedi no transportaba ningún artículo cotizado de contrabando. Ella rechazó elegantemente la oferta de un toydariano para tomar algo y corrió a reunirse con el caamasi. Los dos oscuros negociantes, un humano oculto bajo una capa y un devaroniano, le hicieron un gesto a la Jedi en señal de reconocimiento antes de irse.

Ylenic le sonrió.

—Has disfrutado.

Aayla asintió pero, de pronto, su rostro se paralizó.

—Pensaba que había aislado mis emociones a la influencia de la Fuerza.

—Lo hiciste, pero también reíste, y tus víctimas quedaron aliviadas cuando terminó la puja. —Ylenic señaló al azar en dirección a los negociadores que se retiraban—. Aquellos dos preguntaron qué estábamos buscando llevarnos con nosotros. Sugerí que aunque la bodega de carga fuera suficientemente amplia para casi cualquier cosa, un yate transporta preferiblemente pasajeros antes que carga. El rumor se extenderá, y si Tane ha estado haciendo indagaciones, nos encontrará.

De los archivos de datos que habían recibido del Maestro Windu, Aayla sabía que estaban buscando a un hombre humano de altura y peso medios, de ojos verdes, pelo rubio, y una barba reciente. Para ser humano, era bastante bien parecido y de mediana edad. No obstante, había algo sobre él que no parecía propio de un científico de investigación.

De nuevo, volvió a meditar en silencio, si no fueran nada más que miserables datos sin importancia, él nunca habría llevado a cabo el robo o mandado lejos a su familia para su seguridad. Ylenic señaló uno de los corredores orientados al norte.

—Nuestros amigos comentaron que aquellos que buscan una salida poco embarazosa de Corellia, a menudo van en busca de oportunidades a una cantina llamada Homestar. Sugerí encontrarnos allí. —Se dirigieron juntos, se notaba como Ylenic iba acortando claramente sus zancadas para acoplarse al paso de ella. A pesar de llevar una capa, se movía con rapidez.

Pensó que perderle de vista habría sido fácil, mientras pasaban de la zona de carga del puerto espacial a la terminal de pasajeros. Multitud de gente se arremolinaba, predominantemente humanos y selonianos, pero con presencia de neimoidianos, devaronianos, weequays, klatooinianos, e incluso bith demostrando la importancia que había cobrado Corellia como encrucijada desde que empezó la guerra.

Aayla observó a unos gotals y espió a uno que estaba al acecho de un grupo de neimoidianos. No se percató de más peligros, e incluso no sintió signo de maldad alguno que pudiera proceder de los neimoidianos. Sabía que era ridículo creer que cada miembro de una especie en particular apoyaría las acciones e ideologías de sus líderes, pero decidió tomar el camino de la precaución y mantener sus sentidos en alerta ante cualquier enemigo potencial.

—He pillado a un gotal —le susurró a Ylenic.

—Había un segundo. —Cuando se percató de su sorpresa, el caamasi se tocó ligeramente la nariz—. Desprenden un olor a sudor rancio y a moho.

—Y yo que pensaba que parecían malos.

Salieron a través de otra compuerta y cambiaron en dirección al este.

La multitud se reducía sensiblemente a medida que se alejaban del puerto espacial. Después de un kilómetro recorrido los corredores se iban oscureciendo en algunos puntos, pero no tuvieron problemas. Eso no significó que Aayla no percibiera seres acechando en la oscuridad, pero ella e Ylenic pasaron desapercibidos por sus ropas, de tal forma que no despertaron un especial interés para los depredadores urbanos. La calle de la Nave del Tesoro —o simplemente «la Calle», como parecía que solían llamarla los nativos— le sorprendió a causa del revestimiento estético de luces y señales. Todo estaba brillante y se mantenía en buen estado. Daban a la zona un aire de respetabilidad, lo cual le hizo sospechar que era más por proteger a los establecimientos del desprecio de sus vecinos comerciales que por miedo a algún escándalo provocado por sus visitantes.

Homestar estaba situada en el primer cuarto del corredor a lo largo de la Calle, en la zona sur. Podría haber sido confundida por un planetario en algún otro mundo. La música

que se oía al pasar por delante quizá hubiera disuadido a alguno de cometer esa confusión, pero de otro modo la fachada parecía discreta. No alertó sus sentidos y, salvo por la extraña colección de gente yendo y viniendo, podía haber sido descrita como convencional. Sin embargo, al entrar Aayla e Ylenic en aquel lugar, lo «convencional» se convirtió en «imposible». La entrada abrió camino hacia un alto y ancho conjunto de escaleras que conducían hasta un foso de paredes redondeadas. Un bar circular dominaba el centro, con anillos concéntricos de mesas redondas y curvas que se extendían a su alrededor. Las bailarinas se movían ondulantes al ritmo de la música desde plataformas y jaulas que colgaban del techo en torno a las paredes del local. La banda tocaba en un escenario directamente de cara a las escaleras, y la zona frente a su escenario había sido acondicionada para que los clientes pudieran bailar.

Y allí se encontraban bailando, junto a especies que desafiaban cualquier tipo de catalogación. La forma en la que bailaban hizo que un escalofrío recorriera el cuerpo de Aayla. Lo sabía todo acerca del arte de actuar como bailarina, y tenía el encanto twi’lek en los movimientos sensuales que un cuerpo puede recrear. Quizá aquellos seres estuvieran disfrutando en la pista de baile, pero en su opinión parecían estar retorciéndose espasmódica mente como consecuencia de un veneno insoportable.

Ylenic cerró sus orificios nasales por completo.

—No, no me gusta en absoluto qué aspecto tienen.

El caamasi inició el descenso por las escaleras hacia el piso donde se encontraba la cantina. En la zona media entre los aros concéntricos de mesas, junto al bar, encontraron un pequeño sitio donde podían ponerse. Ylenic se movió en torno a la barra con el fin de obtener una vista general de toda la cantina, ella le ayudó echando un ligero vistazo, pudiendo así abarcar todo el recinto. Seleccionaron su bebida en una pequeña tabla de datos integrada en la mesa. Al poco tiempo un droide les trajo dos vasos de whisky, que dejaron sin probar encima de la mesa.

Habiendo estudiado a la gente, Aayla pudo definitivamente comprobar que los Jedi en Corellia deberían estar bastante ocupados. La guerra había exacerbado la situación llevando a muchos seres a una situación de presión insostenible, y eso sin contar a esos agentes mixtos pertenecientes a ambos bandos quienes siempre estaban dispuestos a causar problemas.

Y si la guerra llegara a este lugar… la Jedi se estremeció. Geonosis ha sido un terreno baldío antes de la guerra, pero las consecuencias fueron todavía más espantosas. Los droides volaron en pedazos, murieron multitud de Geonosianos, los Jedi muertos o espantosamente mutilados. Y las pérdidas entre las filas de los soldados clon fueron apabullantes.

Ylenic puso una mano en su antebrazo.

—¿Cuál es el problema?

—Simplemente estoy recordando la primera batalla —dijo ella.

Ylenic asintió.

—Debió ser terrible. Aunque habría sido todo un honor haber participado con mis camaradas, me alegro de no llevar conmigo los recuerdos de aquel trágico evento.

—¡Ahí está! —con un sutil aleteo de sus alas, Lorfo, el toydariano del puerto espacial, se posó en un extremo de su mesa—. Fuiste la mejor negociante en el puerto, por lo que tenemos un trato.

Ella le lanzó una mirada abrasadora, pero algo fuera del entorno de Ylenic, atrajo su atención.

—A tu derecha, cincuenta grados. Es él, al lado de los dos gotals.

Ylenic miró, asintió y respiró profundamente.

—Le tengo, y a ellos.

—Tenemos un trato, preciosa —repitió Lorfo, riendo entré dientes—. Olvídalos. Su jefe no tendría nada para ti.

Aayla le frunció el ceño a Lorfo.

—Ahora no. —De un salto se colocó detrás del toydariano y comenzó a correr sorteando con movimientos rápidos y precisos los anillos de mesas del recinto exterior. Ylenic hizo lo mismo por el camino del interior.

Los gotals señalaron a Tane al mismo tiempo que los Jedi se dieron cuenta de su presencia y, a su vez, comenzaron a correr hacia él. Él, sabiéndose descubierto, se giró rápidamente buscando una ruta de escape.

En su persecución, Aayla notó como alguien le agarraba de su hombro derecho.

Se giró e, instintivamente, golpeó al toydariano que se aferraba a ella, asestándole una patada con su pierna izquierda. Sólo le dio un pequeño toque con la Fuerza, pero fue suficiente para lanzarle contra una mesa, haciendo estallar unas bebidas y derramando su contenido sobre dos grans. Los dos alienígenas parpadearon sus seis ojos en señal de sorpresa y agarraron a Lorfo.

La acción de Aayla había alertado a los gotals. Uno continuó persiguiendo a Tane, mientras el otro blandía un blaster y disparaba a Aayla.

El tiempo se ralentizó incluso para ella cuando vio como el gotal alcanzaba su arma. Al tiempo que el blaster se deslizaba por la cartuchera bien oculta y el pulgar liberaba el seguro, la mano derecha de la Jedi había desaparecido bajo su chaqueta y sujetaba el cilindro plateado de la empuñadura de su sable láser. Ella lo tenía en la mano y en posición orientada hacia abajo antes de que él terminara de apuntarla.

Cuando apretó el gatillo, Aayla encendió la hoja azul de su sable e interceptó la descarga láser desviándola y haciéndola pasar entre dos bailarinas que se encontraban aún en las jaulas.

La música cesó ante el zumbido del primer disparo y los lloriqueos escandalosos de Lorfo, pero la luz de la segunda descarga dispersó a los clientes del Homestar. Aayla tuvo nuevamente que deflectarla, en caso de haber fallado en el intento de dirigirla de vuelta al tirador, habría matado a alguna bailarina o a cualquier miembro de la banda. El pánico de los clientes se extendió a ellas, y la banda titubeó, excepto el solitario solista Dorenian

Beshniquel que arrancó con una pieza musical en contrapunto a los zumbidos de los disparos.

Las descargas ahuyentaron a la multitud pero también revelaron a los aliados de los gotals la localización de sus enemigos. Totalmente visibles con la Fuerza, Aayla sintió a alguien acercándose por su espalda. Se giró, llevando la chisporroteante hoja azul con un movimiento alrededor de ella y posteriormente hacia abajo sobre una muñeca.

La mano y la vibronavaja empleada en el ataque cayeron al suelo, acompañados de un aullido de dolor. Sujetó a su atacante por la cabeza ayudándose con el extremo final de su empuñadura y soltó un sablazo hacia la derecha, desviando otra descarga láser.

Ella se giró para seguir la trayectoria del corte y se agachó para inutilizar la hoja clavándola en el centro de una de las mesas. El atacante que la había asaltado se levantó tambaleante y moviéndose de un lado para otro, de repente se lanzó al contraataque. Su blaster describió un arco de fuego hacia el techo. Con un leve toque usando la Fuerza, Aayla empujó al sujeto contra otros dos esbirros, quedando los tres esparcidos por el suelo.

Un weequay saltó sobre la maraña de extremidades y vino hacia ella blandiendo una porra en su mano derecha. Su pulgar apretó un botón, y el extremo superior del arma comenzó a soltar destellos en el momento de arremeter contra ella. Aayla se agachó apoyándose sobre su rodilla derecha y, dirigiendo el halo azul de su sable en un movimiento ascendente, dividió la porra en dos. Hundió su hombro en el estómago del weequay, lo levantó y dando un salto mortal, lo lanzó bruscamente sobre otra mesa. El pánico y el miedo eran palpables y se reflejaban en los rostros de los aterrorizados clientes y empleados de la cantina, aunque después de la tormenta llegó la calma total. Los clientes y las bailarinas habían huido del edificio o se habían ocultado bajo cualquier cubierta que pudieran encontrar y les protegiera. Aayla dirigió la vista hacia su izquierda y vio a Ylenic, sin capa y con su sable verde destellando. Alrededor de él yacían desperdigados un gran número de esbirros, todos ellos retorciéndose y emitiendo suficiente dolor como para que ella percibiera que seguían vivos y probablemente iban a seguir estándolo.

Cuatro humanos entraron en el recinto con dificultad debido a la marea de clientes que fluía, buscando ansiosamente la salida, a través de la entrada. Tres de ellos, dos hombres y una mujer, vestían los uniformes verdinegros propios de los oficiales de las Corsec o Fuerzas de Seguridad Corellianas. Tras ellos iba un hombre alto, esbelto, de pelo negro y fría mirada gris. Se paró en mitad de las escaleras para obtener una visión global de toda la escena, mientras sus efectivos avanzaban, blasters en mano, posicionándose a nivel de los Jedi. La luz verde de la hoja del sable láser de Ylenic se desvaneció, y Aayla, emulando el gesto de su compañero, desactivó su arma desde el interruptor situado en su empuñadura.

Uno de los oficiales de las Corsec enfundó su arma y se inclinó para comprobar el estado del individuo, ahora manco, que iba armado con una vibronavaja durante la lucha.

El oficial dirigió una mirada a su jefe, éste hizo un gesto, y de inmediato su subordinado tomó su transmisor y solicitó una unidad de servicios médicos.

El misterioso hombre de gran envergadura se acercó a Aayla e hizo gestos con su mano para que Ylenic se acercara a ellos.

—Soy el inspector Rostek Horn de las Fuerzas de Seguridad de Corellia. ¿Son ustedes Caballeros Jedi?

Aayla dudó por un momento, pero antes de que pudiera responder, habló Ylenic.

—Sí, Inspector, somos Jedi, de paso por el sistema. Preguntamos en el puerto espacial por algún lugar donde unos cansados viajantes pudieran comer algo acompañados de buena música, y eso nos llevó directamente hacia esta cantina.

Horn levantó una ceja, reflejándose en su rostro su desconfianza.

—No van vestidos como Caballeros Jedi.

Aayla asintió.

—Dada la manifiesta neutralidad de Corellia en el presente conflicto galáctico, pensamos en pasar inadvertidos durante nuestra estancia en el sistema con el objeto de evitar situaciones de tensión innecesarias.

—Desafortunadamente, Inspector, no dio resultado. —El caamasi dio una sutil palmadita en el hombro de Aayla—. Estos individuos esperaban que mi compañera estuviera dispuesta a vestir algo más provocativo y bailara para ellos. Me consideraron inofensivo, ya que soy un caamasi. —Aayla abrió sus sentidos a la Fuerza, intentando determinar si Ylenic estaba usando alguna técnica Jedi para influir en la mente del Inspector. No lo estaba haciendo. Ella sabía que la habilidad de manipular mentes dependía de la fuerza de voluntad del ser al que se pretendía influenciar. Sospechó, muy certeramente, que el Inspector Horn habría cerrado su mente a posibles influencias de este tipo.

Llegaron más oficiales de las Corsec y empezaron a reunir a las bajas. Horn estudió aquellos que eran arrastrados en silencio. Asintió como si hubiera llegado a alguna conclusión.

—Esta gente ha causado problemas con anterioridad. No nos dirán nada esta vez. No parece que haya más testigos, por lo que tomaré por cierto su testimonio.

Dirigió su fría e intensa mirada hacia Aayla.

—¿No hay nada más que quieran contarme?

—Ni una sola cosa más, Inspector.

—Defenderse de una agresión no es un delito, pero necesitaré ver su identificación. —Sacó de su bolsillo una agenda electrónica y comenzó a introducir datos—. ¿Se han puesto en contacto con los Jedi locales?

—No, Inspector. —Aayla movió nerviosamente su lekku simulando un encogimiento de hombros—. No queríamos ser una molestia.

—Eso es probablemente lo mejor, no ser una molestia. ¿Se marcharán pronto?

Ylenic asintió.

—Muy pronto, Inspector.

—Bien. No les molesto más.

Ylenic tomó a Aayla del codo, pero ella educadamente se soltó y se giró hacia Horn.

—Inspector, ¿me permitiría una pregunta?

—Dígame.

—Cuando usted se refirió a los individuos que iba apilando su gente, no quiso decir que pertenecieran a alguna nave estelar, ¿no es así?

—No. Maleantes de poca monta que alquilan sus servicios a cualquiera que tenga créditos y quiera estar libre.

—¿Y en este caso?

—Desconozco quién, por el momento, pero lo descubriré. —Sonrió lentamente.

—Ustedes estarán lejos para entonces.

—Por supuesto, Inspector. —Ylenic hizo una reverencia en señal de agradecimiento—. Seremos un mero recuerdo para entonces.



Los dos Jedi abandonaron la cantina y pasaron a través de la multitud que se arremolinaba alrededor de los transportes de los servicios médicos. Ya se oían entre la gente, historias acerca de una carnicería en masa que había tenido lugar en el club. Aayla puso atención en los comentarios para poder discernir si se empleaban las palabras «Jedi» y «sable láser», pero la mayor parte de gente que allí se encontraba sólo se limitaban a recontar cómo casi habían sido alcanzados por una ráfaga de descarga láser. Su actuación parecía haber pasado inadvertida en medio del caos.

En vez de dirigirse hacia el puerto espacial, Ylenic comenzó a caminar más al Este. Sus largas zancadas hacían que el camino pareciera más corto de lo que en realidad era. Tan alto era el ritmo que imprimió el caamasi que Aayla tuvo que correr al trote para poder darle alcance.

—¿A dónde nos dirigimos?

—Lejos de esta zona. Estoy buscando, quizá en vano, algún rastro oloroso de nuestro hombre. ¿Pudiste captar algo? —Aayla recapituló en su mente, analizando detenidamente las sensaciones percibidas durante su accidentado encuentro en la cantina, pero le fue imposible encontrar alguna pista que pudiera relacionar con el rastro de Tane. La Jedi le había visto, pero no le había sentido en la Fuerza, y eso la sorprendió. Dada la tensa situación vivida en el Homestar, el sujeto debería haber radiado un, más que perceptible, sentimiento de ansiedad tan potente como una ráfaga de, viento solar—. No, no capté nada.

Súbitamente Ylenic se paró, y sus hombros se hundieron haciendo ver que la twi'lek no le había comprendido.

—No te digo de esa forma.

—¿Podemos asegurar que ellos tienen a Tane?

—Se fue muy rápido, o puede que se escabullera porque le han traicionado. De cualquier modo, creo que debemos suponer que se encuentra en compañía hostil.

—Es culpa mía que esto saliera mal, ¿verdad? —Dijo Aayla frunciendo el ceño—. Usé la Fuerza para deshacerme del indeseable toydariano, y eso alertó a los gotals.

Ylenic realizó una profunda inspiración por la nariz y, tras contener durante unos segundos el aire en sus pulmones, lo expulsó contestando a Aayla.

—Tienes mucha facilidad para dominar la Fuerza y la telequinesia, tanta que en ocasiones las usas de manera inconsciente. En efecto, cometiste un error, e igualmente fuiste imprudente por la forma en que te enfrentaste a tus asaltantes. De no haber sido así las CorSec no habrían llegado tan pronto, podríamos haber ocultado nuestros sables y haber desaparecido sin necesidad de identificarnos como Jedi a las autoridades locales.

—Excepto para los gotals.

—Sí, la clave de todo está en ellos. Por eso cada minuto cuenta. Antes no teníamos más que trazar un plan con un cebo para Tane y esperar a que él viniera a nosotros, pero ahora debemos encontrarle. —Ylenic puso su mano en el hombro de Aayla—. La pregunta que le hiciste al Inspector Horn fue acertada… ¡a propósito!, ojalá hubiera podido compartir con nosotros su información, podría ser valiosa para encontrar a Tane.

Algo a su espalda alertó a Aayla, pero antes de poder fijarse en ello, el seco aleteo de unas alas y una voz áspera le sugirió rápidamente de quien se trataba.

—Aquí tenemos a la bella mujer comerciante de la cantina. Así que eres una Jedi ¿eh? Vaya, vaya. —Lorfo reía mientras se mantenía suspendido en el aire—. Estoy muy impresionado. Negociaste en el puerto espacial sin usar tus poderes.

Aayla sonrió como pudo simulando su agradecimiento.

—¿Quién querría engañar a un honesto comerciante como tú?

—Si fuera uno de esos comerciantes honestos que dices…

Sus pálidos ojos se afilaron.

—Lorfo, tú conocías a los gotals.

—¿Sabes para quién trabajan ahora?

—Sí, sí. Te dije que no eran el tipo de gente para hacer tratos.

—Necesito encontrar a los gotals y a su jefe, Lorfo. ¿Conoces su paradero?

—Bien. —La pequeña criatura alada se restregó su bulbosa nariz con un dedo—. Soy un comerciante.

—Te reembolsaré el diez por ciento de nuestro primer trato.

—El veinte.

—El quince.

—¡Hecho! —Su voz sonó con un cierto timbre triunfalista, al instante se elevó en el aire agitando nerviosamente sus pequeñas alas. Con un molesto zumbido, sonrió burlonamente mientras señalaba con el dedo un oscuro callejón orientado al Sur—. Por aquí, no está muy lejos, deprisa.

Los Jedi corrieron tras el toydariano. Su camino pronto les llevó nuevamente hacia el Oeste, a través de oscuros y estrechos corredores que a su vez desembocaban en otros

callejones aún más tenebrosos y malolientes. El hedor de la basura triturada que se acumulaba a los lados de estos pasadizos hizo estornudar a Ylenic. Aayla entendió que el mal olor que despedía aquel lugar causaba el mismo efecto en los caamasi que la luz cegadora en ella. Su empatía por la incómoda situación que estaban viviendo sólo se vio incrementada cuando se percató de que el hedor era tan intenso que, para poder seguir, tuvo que taparse la nariz y respirar por la boca.

Lorfo les llevó a un pequeño almacén con altas y resistentes estanterías repletas de cajones de embalaje de duraplástico. Había luces encendidas en lo profundo del almacén, y Aayla había oído voces dentro del recinto. Se abstuvo de usar la Fuerza para percibirlas mejor y no volver a cometer el mismo error que hiciera en el Homestar.

Dándose la vuelta, le señaló a Lorfo la puerta de salida.

—Gracias por tu inestimable ayuda. No querrás estar aquí si surgen nuevos problemas.

Al oír eso el toydariano se apresuró a besar la mano de Aayla y a guiñarle un ojo. Rozando ligeramente la elegancia, voló bajo, apenas si se levantaba un palmo del suelo, y abandonó el almacén tan tranquilamente como le fue posible. Aayla e Ylenic se deslizaron sigilosamente por el piso, escurriéndose por los estrechos espacios, examinando con la mirada cada esquina de aquel lugar. Deseaba fervientemente poder usar la Fuerza para poder sentir todo lo que ocurría a su alrededor. Ylenic había dicho correctamente que, algunas veces usar la Fuerza era algo tan natural para ella que la empleaba sin pensar antes en las consecuencias. En esta ocasión, para no alertar a ningún gotal en las cercanías, se sintió ciega.

Habían sobrepasado tres cuartos de la distancia que les separaba del local central del almacén cuando de pronto dos voces surgieron del interior del edificio. Una estaba claramente sorprendida, y la otra gritó en un primer momento, después siguió una gran carcajada. Mientras morían los ecos de sus risas, la voz les hizo salir.

—Quizá queráis entrar vosotros también Jedi. Los acontecimientos se han desarrollado bien hasta que os entrometisteis. Si queréis ver vivo a Ratri Tane, os sugiero que dejéis de ocultaros.

Aayla miró a Ylenic, él asintió, y ambos se levantaron, ayudándose de los asideros de los múltiples cajones que reposaban en las estanterías, y caminaron cautelosos hacia el lugar de donde procedían las voces. Ella mantuvo su cabeza en alto pero no pudo evitar la sorpresa al ver a aquellos seres que esperaban en el local central del almacén. Se había preguntado cómo se había revelado su presencia pero, al ver a la primera de las criaturas que allí se encontraban, todas sus dudas quedaron resueltas.

Lorfo se encogió de hombros sin una pizca de vergüenza.

—Deberías haberme dado el 20 por ciento.

Bajo el flotante toydariano había cuatro individuos. Los dos gotals del Homestar apuntaban con sus blasters a los Jedi. Entre ellos estaba Tane y un hombre enorme con equipo pesado y de tez colorada, pelo rojizo ligeramente brillante, y numerosas pecas, tan

espesamente repartidas sobre su cara, que casi lograban enmascarar sus ojos, similar al efecto que causaba el intenso color púrpura del rostro de Ylenic.

Tomó a Tane y lo puso delante de él a modo de escudo humano, su brazo izquierdo oprimía la garganta de Tane y un blaster apuntaba a sus costillas. Un toque de gatillo asaría el corazón de Tane.

El hombre sonrió, mostrando una boca poblada con poco más de dos dientes, que hacía que la son risa burlona de Lorfo pareciera una obra de arte.

—Mi nombre es Tendir Blue, y me complace enormemente vuestra presencia. La Techno Unión y sus aliados tenían la intención de pagar muy bien por la captura de Tane y lo que llevaba consigo, pero el Conde Dooku es excepcionalmente generoso cuando los Jedi están implicados.

Aayla calculó la distancia que la separaba de los gotals, sabiendo que podría cubrir los, aproximadamente, siete metros de un salto. Si pudiera esquivar las descargas láser, los podría anular y… llegar justo a tiempo de evitar que Tane acabara con un humeante agujero en el pecho.

Blue apretó con su pulgar izquierdo algo que tenía escondido en su puño. En ese mismo instante, los cajones de almacenamiento sobre y detrás de la Jedi comenzaron a abrirse emitiendo un crujido, saliendo de su interior seis droides de la Federación de Comercio. Sus miembros se ajustaron con un clic y sus blasters apuntaron hacia los dos Jedi.

El gran tipo corelliano sonrió, y lo hizo incluso más abierta y majestuosamente de lo que Aayla se percató.

—Como podréis observar, no tenéis la mínima oportunidad. Incluso si lograrais anular a los gotals, mis droides os matarían, y para entonces ya habría acabado personalmente con Tane.

Aayla negó con la cabeza.

—Mátale, y no conseguirás el prototipo ni los archivos.

Blue rió y Tane parecía angustiado.

—Estaba tan ansioso de salir de aquí, que el muy estúpido llevaba los archivos y el prototipo encima. Aunque mis clientes desearían tenerle en su poder, me han comunicado que su vida es prescindible. ¿Seréis los responsables de su muerte?

Los Jedi se mantuvieron en silencio.

El corelliano apretó con fuerza el cañón de su blaster contra las costillas de Tane.

—Vuestros sables láser. Hacedlos deslizar hasta aquí, lentamente, o Tane muere.

Aayla miró a Ylenic. El Jedi negó con la cabeza, abrió su capa, y sacó su sable láser agarrado delicadamente entre el dedo índice y pulgar. El caamasi se detuvo e hizo deslizar su empuñadura hasta que quedó a un metro de los gotals. Incapaz de vislumbrar, por el momento, una posibilidad, Aayla hizo lo mismo.

Uno de los gotals recogió las armas Jedi, y Blue asintió con satisfacción.

—Muy bien. Me alegro de que nos comportemos de forma civilizada en este asunto. Lorfo, serás muy bien recompensado…

Entonces algo extraño sucedió. Aayla aún escuchaba la voz de Blue, pero su boca se movía descompasada respecto de sus palabras. Un sable láser surcó por los aires el almacén, y la Jedi lo cogió en el aire. Al tiempo que lo activaba y oscilaba su hoja plateada para repeler los disparos procedentes de los droides, sintió a Ylenic moviéndose entre ella y los gotals, protegiendo su retaguardia.

Súbitamente la visión se desvaneció. Ylenic todavía seguía a su derecha.

Sus manos estaban vacías, y uno de los gotals giró su cabeza dirigiéndose a Blue.

—La Fuerza, están usando la Fuerza.

El corelliano gruñó.

—Estúpidos Jedi. —Blue apretó el gatillo del blaster. La chaqueta de Tane empezó a humear. El hombre hizo un gesto como si le faltara el aliento y se desplomó. Blue le dejó caer al suelo.

Entonces casi exactamente como había vislumbrado en su mente, un sable láser voló a través del local. Ella lo atrapó en el aire y lo activó. Los droides de combate se fijaron en ella, pero la twi'lek recurrió a la Fuerza ejecutando un gran salto que la elevó en el aire, eludiendo así una mortal descarga de fuego láser. Se elevó hasta llegar al mismo nivel del droide situado a mayor altura, aterrizó sólidamente en el suelo, y tuvo tiempo de repeler una descarga más con la hoja de su sable antes de que empezaran a caer sobre el suelo fragmentos cortados de cajones de duracero. Aayla dio otro salto cuando más descargas láser alcanzaron las estanterías, haciendo saltar nuevamente trozos semifundidos de metal. Esta vez la Jedi aterrizó amortiguando el golpe con una cabriola y rápidamente segó, con un sutil sablazo, las piernas de uno de los droides. Sin mayor dilación y continuando el giro ascendente, incrustó la hoja láser en el pecho de otro droide que intentaba frenar el avance de la twi'lek. Extendiendo su mano izquierda, empleando la Fuerza empujó a un tercer droide enviándolo al mismo cajón del que había salido.

Pensó en elevar el cajón y lanzarlo, en un instante la Fuerza hizo el resto. El cajón salió volando cayendo y desparramando todo su contenido por el suelo del almacén.

Liberando la hoja láser del torso de un droide que se había quedado ensartado, Aayla empleó el sable para redirigir varias descargas a los droides que las habían disparado. Tres disparos alcanzaron a uno que estaba a su izquierda, esparciendo los restos de la parte superior de su cuerpo y dejando tambaleantes sus piernas antes de que éstas se desplomaran humeantes. Otra descarga perdida alcanzó la cabeza del último droide que quedaba en pie. Mantuvo la verticalidad durante unos segundos, después con un leve toque con la Fuerza se precipitó de espaldas al suelo, donde yacía con las articulaciones extendidas y sin hacer movimiento alguno.

Aayla *volvió* el rostro hacia la zona donde, en principio, se encontraban los dos gotals y Blue. Ambos gotals yacían en tierra cogiendo con dolor sus respectivos cuernos. Ylenic estaba al lado de ellos blandiendo su sable aún encendido, que mostraba una destellante luz verde.

Blue también había caído, su blaster estaba cortado en dos piezas. Tane arrodillado al lado, su mano derecha en la frente del hombre y su mano izquierda alrededor de la empuñadura del sable de Aayla.

Aayla apagó el sable que había utilizado en la pelea y le dio la vuelta a la empuñadura.

—¿Tu sable láser?, gracias por el préstamo. —La Jedi le entregó la noble arma a Tane, la cual tomó con su mano derecha.

El hombre entonces se levantó, desactivó el sable láser de la Jedi, y se lo entregó a su dueña.

—Te enviaría esto, pero me temo que no llegaría muy lejos.

Aayla se acercó a él y recuperó su sable láser.

—¿Quién eres?

El hombre mantuvo levantado un dedo antes de inclinarse y recoger uno de los blasters de los gotals. Con ese mismo dedo movió el selector en el modo de aturdimiento y, acto seguido, disparó sendas descargas azuladas a cada uno de aquellos esbirros astados. Sus cuerpos se movieron espasmódicamente durante un segundo y después se relajaron.

Ylenic dejó caer su mano sobre el hombro del supuesto Tane.

—Este es el Maestro Jedi Nejaa Halcyon.

—¿Qué? —Aayla hizo una reverencia con su cabeza—. Es todo un honor, Maestro.

—No, el honor es mío. Eres una de los héroes de Geonosis.

—Estuve allí. Pero otros fueron los héroes. —Les miró a él y a Ylenic—. No pude sentir la Fuerza en él porque estaba escudando sus sentimientos.

El caamasi asintió.

—Tuvo que hacerlo, porque de lo contrario también los gotals podrían haberle descubierto como un sustituto.

Ella frunció el ceño y su lekku se estremeció.

—Nos mandaron aquí con la misión de localizar *y* capturar a Tane *y* no involucrarnos con los Jedi en Corellia para pasar inadvertidos. No comprendo. ¿Se me incluyó porque el Maestro Windu sospechaba que no mostraría el suficiente control y conseguiría alertar a los gotals? Tu objetivo era que Blue pensara claramente que los Jedi iban siguiéndote la pista, de tal manera que creyera que tú eras el verdadero Tane. Así que no fui elegida para esta misión por mis habilidades sino por mi falta de experiencia.

Nejaa negó con la cabeza.

—De hecho, Aayla Secura, te encuentras aquí porque el Maestro Windu pensó que eras la mejor elección para la misión.

La twi'lek resopló denotando cierta incredulidad a las palabras de Nejaa.

—Cualquiera puede hacer lo que he hecho.

—Yo diría que no. —Halcyon se llevó las manos a la cintura.

—Lo que nos ha acomplejado aquí es algo más complejo.

—Y, he de decir, que muy bien ejecutado.

Aayla miró en la dirección de procedencia de la nueva voz y vio a Rostek Horn entrando en el almacén.

—¿Conocía este lugar y este plan? —Miró a Ylenic por encima de su hombro detrás suyo—. Y tú también formas parte de esta conspiración ¿no?

—No me olvides a mí, bella Jedi. —Lorfo voló por debajo de los pilares.

—Jugué un papel clave.

Aayla suspiró y se sentó sobre un cajón.

—No pensé que la credulidad era algo para lo que valíamos los Jedi.

—No es por eso por lo que fuiste elegida. —Nejaa señaló a los restos de los droides de combate—. Tu destreza en el combate resultaba vital. Además, eres conocida como una heroína de la batalla de Geonosis. Los Separatistas persiguen a los Jedi de los que tienen datos, y los supervivientes de Geonosis se encuentran al comienzo de esa lista. Lorfo fue capaz de dar contigo, de captar tu atención en el Homestar. Por este motivo los secuaces de Blue estaban cerca de ti cuando comenzó el tiroteo, el cual habría tenido lugar independientemente de la reacción que hubieras tenido, para mantenerte ocupada mientras me capturaban. Llevaba conmigo un pequeño dispositivo de localización, pero se averió. Lo habríais usado para encontrarme, Lorfo os habría traicionado al llevaros ante Blue exactamente como hizo antes, pero sin tener que guiaros hasta aquí. Cuando Ylenic descubrió que no podía encontrarme con el localizador, Lorfo volvió a vosotros para guiaros.

Aayla agitó la cabeza como si no pudiera creer lo que estaba oyendo.

—Entonces, Lorfo consigue que ellos fijen su atención en nosotros, de tal manera que no se percatan de que tú eres un señuelo. Nosotros éramos la distracción.

Ylenic sonrió.

—Más correctamente, todos éramos la distracción. Tú y yo, aquí, para Blue, sí; pero también toda esta operación.

El lekku de Aayla reaccionó como sintiendo un escalofrío y seguidamente la twi’lek asintió.

—Mientras la Confederación está buscando a Tane en este sistema, éste ya ha sido refugiado en otro lugar. Y eso quiere decir que los planos y el prototipo están incompletos.

—Así es. —Nejaa asintió de forma solemne—. Aunque desgraciadamente sólo se ha tratado de un, algo precipitado, intento de sabotaje. Tarde o temprano, los científicos de la Techno Unión subsanarán el problema, pero Tane tiene la intención de diseñar contramedidas que harán que los nuevos droides rindan a menor nivel. Los intentos de los Separatistas por dotar de más moderna infraestructura a sus plantas de producción y, con ello, poder fabricar una nueva generación de droides de batalla será en vano.

El Maestro Jedi señaló a los detritos de robot que habían quedado esparcidos por el suelo.

—Esos droides y el hecho de que Dooku está pagando por capturar a los Jedi parece que no será suficiente para contar con el apoyo del gobierno corelliano y oponerlo así a la

causa de la República Galáctica. Por otro lado, su influencia es suficiente como para mostrar a los otros Jedi en este sistema que el demonio de las Guerras Clon acecha por doquier. Espero que eso nos libre de actuar con el resto de los Jedi.

Aayla señaló la chaqueta de Halcyon.

—Blue te disparó a bocajarro. ¿Por qué no estás muerto?

Halcyon se encogió de hombros.

—Los Halcyon son débiles en el empleo de la telequinesia. En cambio tenemos aptitudes para evocar visiones. De ahí que vieras mi mensaje. También poseemos una rara habilidad. Con la apropiada preparación, podemos absorber una razonable cantidad de energía. Tuvimos que pensar en algo así, de esta forma pude dejarte mi sable láser, cosa que no habría hecho en condiciones normales.

Al terminar de hablar, levantó su antebrazo izquierdo y guardó su empuñadura deslizándola por una funda escondida.

—Despegarte de los gotals habría sido una cosa más de la que ocuparme junto con lo de conseguirte rápidamente un sable.

La twi'lek se dirigió a Ylenic.

—¿Qué le hiciste al gotal?

Él sonrió.

—Te acordarás que el hedor del callejón era insoportable ¿no?

—Sí.

—El gotal percibe sensaciones como la Fuerza a través de sus cuernos. Simplemente usé la Fuerza para golpearle con su propia versión del hedor.

Aayla se encogió.

—Buen truco.

Ylenic rió abiertamente.

—En conclusión, ¿cuánto sabe el Maestro Windu de este plan? No percibí engaño alguno de él. —El caamasi extendió sus manos—. Nejaa es un viejo amigo. Cuando Tane llegó a Corellia y comenzó a tomar forma su plan, Nejaa me pidió que actuara de enlace entre él y el Consejo Jedi. Los Jedi que han trasladado a Tane y su familia a lugar seguro no son de Corellia, actúan bajo las órdenes del Maestro Windu.

Nejaa asintió.

—Conoce mejor que nadie en Coruscant la marcha de los asuntos políticos internos de los Jedi Corellianos.

El Inspector Horn rió con satisfacción.

—Parece ser que también en este almacén es el que más sabe del tema.

Nejaa movió la cabeza después de oír las palabras de Horn, al tiempo que Aayla percibía un fuerte lazo de amistad entre los dos hombres.

—Nada podía unirnos a la Confederación, por lo que la única opción de ganar nuestro gobierno en su lucha contra la República era algo muy valioso. No se os contó toda la verdad, para que vuestras reacciones fueran naturales y lo parecieran a cualquier observador.

—No me gusta, pero lo entiendo. Sin embargo, hay algo más que querría saber. —Aayla pensó por un momento y afilando la mirada formuló su pregunta—. ¿Vuestra intención es implantar un recuerdo en Blue que trasladará a sus superiores, y eso probará que los planos y el prototipo son los reales?

—Ese es el plan.

—Ese quizás sea el plan, Maestro Halcyon, pero apostaría a que el Conde Dooku analizará su mente, y desenmarañará lo que realmente ha ocurrido.

Ylenic giró la cabeza hacia Nejaa.

—Es una buena apreciación.

Nejaa asintió.

—Estoy de acuerdo, pero no estoy seguro de ver una buena localización.

—No se preocupe Maestro. —Aayla se estimuló a sí misma—. Sé exactamente cómo hacer mi trabajo.



Tendir Blue recobró la consciencia cuando Lorfo tiró de su brazo izquierdo.

El hombre se había desplomado sobre la pared de uno de los múltiples corredores del puerto espacial. La respiración del toydariano se tornó más pesada y angustiosa, sus palabras resonaron llenas de pánico.

—Ponte en marcha. ¡Ahora! Aquella Jedi todavía te persigue.

Blue agitó su cabeza para despejarse. Se llevó una mano a la frente, y sus dedos palparon la herida superficial de una descarga de blaster.

—¿Qué ocurrió? ¿Quién me persigue, Lorfo?

—¡Los Jedi! —Los ojos de la pequeña y repulsiva criatura alada se abrieron—. Los Jedi que no mataste. —Tedir gateó con dificultad, se sentó y se registró los bolsillos. Tenía, entre otras cosas, tarjetas de memoria y el prototipo del chip.

Aquellas cosas sí que las recordaba. A eso se le unió el recuerdo de haber disparado a Tane. Después de ese momento, todo estaba oscuro, no recordaba nada, podría deberse a una amnesia temporal a causa de la descarga láser. Miró a su alrededor y reconoció el lugar.

—Por aquí, vamos a mi nave.

—Me acuerdo. Avisé a los prácticos y está lista para despegar. —El toydariano aleteó y rápidamente se interpuso en su camino—. Me tienes que pagar.

—Sí, sí, se te pagará.

—No, pagarme, no. Sácame de esta roca.

Un dolor intenso y palpitante inundó la cabeza del hombre.

—¿Qué pasó?

—De todo. Hubo un tiroteo y sables láser, y el jedi dorado, murió. Tus gotal, tus droides, fuera de combate. Ella está herida, pero tropezaste. Yo te ayudé. —La voz del toydariano se volvió aguda como el sonido de un grito—. ¡Ahí está!

Blue miró hacia atrás. Vio a la Jedi en el túnel, que ahora tenía una iluminación azul por el reflejo de la hoja de su sable láser en sus paredes.

Arrastraba su pie izquierdo, y podía oírse como respiraba con dificultad. Se tuvo que apoyar en la pared, pero seguía apuntándole con su sable láser.

—¡No escaparás de mí, Tendir Blue!

Hizo un gesto con la mano izquierda y Lorfo comenzó a chillar como un bantha degollado. Sus tres dedos se aferraron fuertemente a la hombrera de la gabardina de Blue, pudiendo, éste, sentir cómo la Jedi tiraba del toydariano con la Fuerza.

Intentó zafarse del pequeño comerciante alado, pero el agarrón de Lorfo le dejó anclado en el sitio.

—¡Ayúdame, Blue!

—Si tú eres quién le interesas… —El hombre comenzó a dar golpes con el puño en la mano con la que Lorfo le mantenía atrapado—. Quédate con ella.

Con otro golpe logró librarse de su atadura y el toydariano fue volando bruscamente hacia la Jedi. Los dos se fueron al suelo, y al ver esto, Tendir aprovechó para esprintar hacia el puerto de embarque. Cruzó por medio de una gran multitud, golpeando gente a izquierda y derecha mientras corría frenético hacia su nave. Una vez dentro, selló la esclusa de aire, activó los repulsores, la nave empezó a elevarse y comenzó la secuencia de ignición de los motores de popa. Una vez elevada la nave y a punto de partir del sistema, a través de los cristales de cabina pudo observar como entraba la Jedi al hangar. Le dedicó una mueca de burla, e inmediatamente hizo girar la nave sobre su propio eje, orientando las turbinas hacia la twi’lek, para golpearla con la primera onda expansiva de las toberas, que se producía en todas las naves por la deflagración inicial de los gases retenidos en el circuito de combustible fósil. Con una gran carcajada, Tendril Blue fijó el rumbo a las estrellas.



Ylenic ayudó a Aayla a levantarse.

—¿No estás herida?

—Mi orgullo está herido —dijo ella—, pero sobreviviré. —Se sacudió la parte trasera de su capa y usó la fuerza para atraer su arma Jedi y, una vez en su mano, volvió a colocarlo en su cinturón.

—Creo que piensa que estás muerta y que ha escapado por los pelos. Dooku puede buscar en su mente todo lo que quiera. La amnesia explicará lo que no recuerda de la pelea en el almacén, y su miedo confirmará la «verdad» de lo que diga que ocurrió allí.

Nejaa y el Inspector Horn llegaron al muelle, con Lorfo volando tras ellos. El Jedi Corelliano asintió, ratificando las palabras del caamasi.

—Y piensa que Lorfo fue capturado por ti, por lo que no sospechará que en realidad ha estado trabajando para nosotros todo el tiempo. Un trabajo impecable y sin fisuras.

—Así tenía que ser, Maestro —Aayla sonrió—. Después de todo, Maestro, ¿no cree que por resolver tan impecablemente las cosas es por lo que se me encargó esta misión?